



LA **FE** DEL HOMBRE, RESPUESTA AL AMOR DE DIOS

TEMA 2 / SESIÓN PRIMERA

TEMA 2 / SESIÓN PRIMERA

IDEAS

- Dios ha querido darse a conocer, ha querido hacerse amigo, ha querido amarnos como hijos y ha salido al encuentro de los hombres para hablar con ellos. Esta acción de Dios la llamamos “Revelación”
- La fe es la respuesta humana al Dios que se ha revelado. Es una certeza que acompaña la vida entera, es un camino que se recorre en relación amistosa con Dios que habla y promete.
- Jesucristo nos da a conocer la intimidad de Dios y nuestra vocación.

DESARROLLO

“Yo creo que...” Muy frecuentemente empleamos esta expresión para referirnos a nuestra opinión sobre algún asunto, a algo que nos convence, pero de lo que no estamos seguros. En cambio, en el Credo no decimos “Yo creo que...” sino “Yo creo en...”. Es una expresión muy parecida y, sin embargo, bien diferente. Lo es si tenemos en cuenta el objeto del verbo “creer” en este caso: no es un asunto, una noticia, una idea. Se trata de “alguien”, de Dios Padre, de Jesucristo, del Espíritu Santo. Si afinamos más la idea -y es lo que pretendemos en estas líneas- nos daremos cuenta de que también hay una gran diferencia en el sentido mismo que damos al verbo “creer” en este caso. Aquí tenemos “fe”, no “creencia”, en el sentido de opinión. La fe no consiste en opinar, sino en estar seguros, en tener certeza. Una diferencia más: “creer que” es una actitud fundamentalmente intelectual, aunque las emociones y los afectos influyen mucho en la opinión que nos hacemos de las cosas o las personas. Cuando alguien dice “Yo creo en Dios” se está refiriendo -si es consciente de lo que dice- al núcleo mismo de la vida, a una actitud que pone en juego toda su existencia: su conducta, sus afectos, su libertad, su corazón. Con esto hemos dado un paso muy importante -en realidad, hemos dado dos-, aunque no los hemos fundamentado, ni explicado a fondo. Y no creo que tengamos que contentarnos con meros slogans. Se trata de saber bien lo que sabemos, de conocer bien lo que decimos, cuando hablamos de la fe.

Conviene ir a la Biblia, al libro del Génesis que nos presenta al primero del que la Biblia dice “creyó”. Se trata de Abraham. Por eso entre los modelos de la fe siempre se propone a Abraham. Lo primero que sabemos de él es que Dios le habló, le llamó por su nombre y le hizo una promesa: una descendencia numerosa como las estrellas y una tierra en la que estabilizarse. Como toda promesa se refería al futuro y exigía de él ponerse en movimiento, dejando atrás padre, madre.... Dios no le dio ninguna garantía concreta, le pidió confianza, fiarse nada más que en la promesa recibida. A lo largo de su propia vida, Abraham irá conociendo a Dios, haciéndose de Él una idea más verdadera, más profunda, más viva, más personal... Creyendo y esperando en Dios fue haciéndose amigo de él. En esta historia encontramos ya algunas dimensiones importantes de la fe: confianza, disponibilidad, obediencia, conocimiento. Abraham confió en Dios y por eso pudo conocerle más a fondo.

Cuanto más le conocía más se sorprendía porque Dios se le muestra misterioso, pero su confianza se hacía más firme, más profunda. La fe acompaña así la vida entera, es un camino que se recorre en relación amistosa con Dios que habla y promete. Es importante caer en la cuenta ahora de otra cosa. No fue Abraham el que tomó la iniciativa, fue Dios. Para Abraham creer consistió en responder y aceptar al Dios que le hablaba. Abraham creyó que lo que Dios le prometía era verdad, porque creyó en Dios. Es así como se explica la fe como fruto del amor, de la confianza y es así también como entendemos que la fe, creer en Dios, implica obedecer, es decir, buscar su voluntad, fiarse y cumplirla.

Si caemos en la cuenta de esto, nos habremos dado cuenta de que hablando de la fe aún no hemos hablado de *doctrinas*, *de cosas*, sino de *personas* en relación de diálogo.

A este diálogo amoroso de Dios con el hombre, que comienza con Abraham, continúa con toda la historia de Israel a través de los patriarcas, de los profetas, de los jueces y sabios y, finalmente, encuentra su cumbre, su plenitud y perfección en Jesucristo, la Iglesia lo llama "Revelación". Cuando oigamos hablar de "Revelación sobrenatural" pensemos ante todo en una historia de amor y de amistad. Dios ha querido darse a conocer, ha querido hacerse amigo, ha querido amarnos como hijos y ha salido al encuentro de los hombres para hablar con ellos... En ese diálogo Dios ha enseñado al hombre, pacientemente, poco a poco, a lo largo del tiempo, a vivir en relación con Él mismo, a conocerle y amarle: en definitiva, ha desvelado –como solo puede suceder entre amigos íntimos- su misterio, su intimidad, su identidad. A la vez nos ha desvelado también quienes somos nosotros, de dónde procedemos, cuáles son nuestros deseos más profundos y escondidos: Revelándose a sí mismo, nos ha hecho también capaces de conocer quiénes somos. Del mismo modo que uno sólo se conoce a sí mismo cuando experimenta el amor y la amistad de otros, así el hombre ha podido también, en la fe, conocer su verdadera altura y profundidad.

Otro paso más tenemos que dar: Abraham descubrió también en la amistad con Dios la razón de ser de su vida, su vocación, y así Dios ha revelado también a todos el sentido de la historia...

En realidad, esto último solo se desvela del todo con Jesucristo: Él es quien nos da a conocer toda la intimidad de Dios: mostrándose como Hijo, nos revela al Padre y recibiendo el Espíritu Santo, enviado por el Padre, y enviándolo él mismo, después de su resurrección, nos da a conocer al Espíritu Santo. Que Dios es Trinidad y que su esencia es el amor, nos ha sido revelado por Jesucristo. En él tenemos también la imagen plena del hombre perfecto: Él es quien nos da a conocer a nosotros mismos la altura de nuestra vocación, el amor de Dios del que procedemos, la vida eterna a la que somos llamados: que somos hijos de Dios y hermanos entre todos, porque Él, el Hijo de Dios hecho hombre, se ha hecho hermano de todos.

Por eso decimos que Jesucristo es la plenitud de la Revelación: la culminación de esa historia de amor y de diálogo que comienza en Abraham y en Jesús encuentra su perfección: *Hebreos 1,1-2* resume esta historia del siguiente modo: “Muchas veces y de muchos modos habló Dios a nuestros padres por los profetas. Ahora, en estos últimos tiempos, nos ha hablado por el Hijo”.

Pero si la Revelación encuentra su plenitud en Jesús, alguno se preguntará si se ha acabado la Revelación. ¿Ya no hay Revelación, ya no se da este diálogo amoroso de Dios con los hombres? Sí, sí se da este diálogo, pero ¿cómo entender que la Revelación ha encontrado su plenitud en Jesús y que, a la vez, sigue presente entre nosotros. De esto es de lo que tenemos que hablar a continuación.